

Tal vez en ningún otro género literario se exprese con mayor intensidad y plasticidad la poética de la brevedad que en el haikú. Sus elementos son la naturaleza o la realidad cotidiana, pero nunca se demuestra el sentimiento de forma directa: hay sugerencia, intuición. Se trata de una experiencia poética no sólo escrita, sino, sobre todo, vivida. Lo que plasmará el

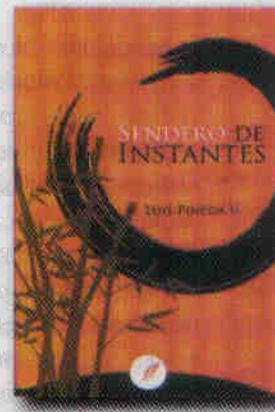
*Haikús de Luis Pineda*

ción que las culturas orientales ha despertado en los escritores mexicanos; fascinación que aún vive y se manifiesta, como lo ha demostrado el poeta Luis Pineda con su reciente volumen de *haikús: Sendero de instantes*.

Lo primero que impacta al lector de este título es la edición, que se aleja de lo convencional por el manejo de tintas y tipografía, por las ilustracio-

adores del género [...] Los temas de estos haikú expresan los cambios del tiempo en el lapso que muda la vida”, y más adelante: “Luis Pineda, orfebre de estos poemas, además de ser fiel seguidor de la tradición hasta el extremo de sus posibilidades, es innovador también de este género, asumiendo la experimentación de nuevas formas y combinaciones versales merced al alcance de su espíritu acucioso que ha logrado

susceptible de un sentido indirecto, más allá de la simple denotación. Un claro ejemplo es esta imagen que evoca a la vez un estado de ánimo, una situación geográfica (¿México?) y un contenido espiritual: “son primavera / todas las estaciones / ¡siempre es infancia!”. Es claro el doble sentido del último pentasílabo: “siempre” como adverbio de tiempo, pero ¿acaso también como sustantivo? Hay poemas en que la paradoja es insoluble; otros, otoñales o invernales: “crujen las brasas / ríen chispas en ascuas / ritual de invierno”. Es tan profunda la asimilación a los símbolos y símiles japoneses, que tal pareciera que estas intensas joyas fueron concebidas por un hajjin natural de la tierra donde florecen todas las plantas, a pesar del tema de alguno de ellos: “acalorados / los cocos no refrescan / a su palmera”; “al viejo río / las



ramas del zapote / aran las ondas”; “cocina de humo / estalla en lodo espeso / el membrillante”; “el alma tiene / los sueños del insomnio / por esqueleto”; “sol trastornado / el petróleo en e agua / muerte jaspeada”; “collar de nubes / adorna la garganta / de la montaña”; o este otro, en que se aprecia el juego de palabras: “desde la playa / con aliento caliente / sol o en el agua” (sol – solo). Algunos se miran frente a frente, invertidos, como en estos versos, pertenecientes a dos distintos poemas: “luz sobre sus astillas” y “luz astillada”, o como ocurre en los dedicados a una cadera, al conejo (azul o gris), a la rana o al poeta Basho. Otros pareciera que siguen una progresión sutil e inconsciente: es la secuencia del libro, que desemboca en la noche. Muchos de los haikús llevan consigo la inmovilidad; unos contienen verbos dinámicos (“salta” o “danza”, por ejemplo); otros llevan consigo un dibujo, que es parte del texto y, por tanto, debe leerse (como los kanjis o ideogramas). Hay también autorreferencialidad: “se oye un haikú / en el pliegue del oído / ¿un mosco escucha?” o este otro: “raja la tierra / cultiva las palabras / el poema sangra”. En resumen, el libro todo es una instantánea del trayecto vital, en que ser humano y naturaleza constituyen una unidad palpable. ☺

# Senderos de instantes

JUAN ANTONIO ROSADO

simbolismo francés del siglo XIX (recuérdese, por ejemplo, las “Correspondences” de Baudelaire), ya existía en Oriente —tanto en India como en China y Japón—: el sistema de correspondencias entre distintos elementos de la realidad y de la naturaleza. En México, a través de Francia (Louis Gonse, los Goncourt, Pierre Loti, entre otros), se introdujo el orientalismo, particularmente el japonismo. Efrén Rebolledo viajó al Japón y plasmó sus experiencias en obras como *Nikko* u *Hojas de bambú*, pero fue José Juan Tablada quien popularizó los *haikús*. En su libro *El japonismo de José Juan Tablada*, Atzuko Tanabe realizó un minucioso análisis e interpretación de este aspecto de la poesía de Tablada. Todo lo anterior constituye una parte de los antecedentes de la fascina-

“Acalorados los cocos no refrescan a su palmera”. nes, la numeración de las páginas, el papel, pero también por el hecho de que el inicio —el texto “Grandeza en una nuez”, firmado por Raúl Renán— se encuentre al “final” del libro, y que el lector tenga que leer a partir de la “última” página, como se leen los libros japoneses. El trabajo editorial de Iván Leroy y el diseño de cubierta de Lourdes Guzmán son en sí mismos obras artísticas, que emanan delicadeza y sensibilidad, en conjunción con la calidad de los *haikús* de Pineda.

Sobre los poemas, comenta Raúl Renán: “186 instantes de esencialidad derivada de los maestros fun-

ejemplares de esta belleza en una nuez”.

Cada haikú de *Sendero de instantes* nos lanza hacia lo inconmensurable de la evocación y la polisemia. Como ocurre con la lectura del *I-Ching* chino, los símbolos se abren hasta acaparar el momento y la circunstancia del lector. Toda instantánea *sugiere* porque las presencias de las muchas realidades que nos rodean son interpretables: cada una es



Siempre!

Siempre!

Luis Pineda, *Sendero de instantes*. Felou, México, 2010; 217 pp.